

se aceptaba su cooperación y su esfuerzo irían á donde el nuevo Gobierno lo indicase. Esas palabras se creyeron sinceras por unos, pero por los enemigos del divisionario, que formaban por su número una legión, fueron tenidas como falsas y se las consideró como una estratagemas de que se valía para que la opinión pública lo indultara de sus anteriores yerros. Y, éstos, los enemigos, comenzaron una campaña cruel, en la prensa, contra el General.

Había dicho el divisionario que no aceptaría ninguna candidatura que se le ofreciese, y hasta ofreció servir la cartera de Guerra y Marina en el Gobierno del señor Madero, cuando subiese al poder. Ese ofrecimiento lo hizo á instancias del mismo Sr. Madero que lo invitó para colaborar en esa forma con él.

Pero, á pesar de todas esas promesas, pronto se pudo ver que los amigos personales del General trabajaban ostensiblemente para elevarlo á la Presidencia de la República, y á poco se tuvo el convencimiento de que semejantes trabajos no eran desdeñados y menos desautorizados por el favorecido; al contrario, él tuvo la franqueza de exhibir todas sus ambiciones, cuando en un acto público aceptó su candidatura para la Presidencia de la Nación. Desde aquel acto, Reyes quedó completamente desligado de Madero; y entre ambos se mantuvo una puja terrible para conquistar el voto público. Esa contienda, que muy pronto tendremos motivo para analizar en todos sus detalles, vino á constituir otro motivo de intranquilidad social y fué un acontecimiento más que trajera desvelos y sinsabores al Gobierno interino.

Mas no estaba agotado todavía el número de pruebas que el destino de la Nación quería hacer pesar sobre el interinato; otras más duras y más dolorosas para la

persona del Poder Ejecutivo se tenían reservadas, y de ellas hemos de ocuparnos en el capítulo siguiente.

## CAPITULO VII

### La lucha electoral de 1911

Contra todo lo que pudiera creerse, la candidatura que para la Presidencia fué lanzada en favor del señor General Reyes, tuvo muy poca aceptación en el país. La opinión, aunque dos años atrás se había manifestado francamente adicta al militar, ahora estaba en favor del Sr. Madero y cuanto se hiciera para darle una nueva orientación tenía que resultar inútil.

El Lic. D. Emilio Vázquez Gómez, desde que fué separado de la Secretaría de Gobernación, estuvo trabajando también para ser electo Presidente; pero sus trabajos, aunque ostensibles, nunca llegaron á tener ni siquiera la importancia de los de Reyes, de manera que, para la resolución del problema electoral, ésta, como la candidatura de aquél, no constituyó en ningún caso un obstáculo para la incontrastable popularidad del señor Madero.

Resuelta estaba, pudiéramos decir, la lucha por la Presidencia; mas no ocurría otro tanto con la Vicepresidencia. La fórmula que había sostenido la Revolución había llegado á ser imposible. Esa fórmula era la integrada por el Sr. Madero como Presidente y el Dr. Francisco Vázquez Gómez como Vicepresidente. Los dos candidatos, aunque á duras penas, pudieron marchar de acuerdo mientras duró la Revolución y el triunfo de ellos estuvo indeciso; pero cuando fué un hecho la victoria alcanzada, se presentaron dificultades entre ambos y pronto en sus relaciones se notó una frialdad precur-



sora del rompimiento que habría de significar la eliminación de una de las personalidades en la fórmula hasta entonces sostenida. La buena armonía en que por algún tiempo pudieron marchar, quedó rota finalmente, cuando se hizo necesario que la revolución trabajara contra la permanencia del Lic. D. Emilio Vázquez Gómez en la Secretaría de Gobernación, pues ese acto lo tomó como dirigido contra un hermano suyo, como el rompimiento de las hostilidades el candidato á la Vicepresidencia.

Quedó establecido desde entonces la imposibilidad que había para que la fórmula Madero-Vázquez Gómez subiera al poder, y en vista de eso se tuvo el acuerdo de modificarla en el sentido de nombrar un nuevo candidato á la Vicepresidencia. Para llevar al terreno de la práctica tal resolución, era indispensable que el Centro Antirreeleccionista, de donde emanara la fórmula primitiva, dejara de existir, tomando en su lugar la dirección de los trabajos una nueva agrupación que constituyeron los amigos del Sr. Madero y la cual se denominó "Partido Constitucional Progresista." Esta agrupación convocó á todos los maderistas y antirreeleccionistas, así como á las demás corporaciones políticas á una Convención en la que debían de ratificarse ó rectificarse las designaciones de los candidatos.

La creación del grupo directivo electoral que se denominó "Partido Constitucional Progresista," provocó un cisma en las filas del antirreeleccionismo. En el Centro que gobernaba á todos los clubs de esta denominación, se trató el asunto en sesiones que se prolongaron mucho y que se hicieron notables por lo agrio de las discusiones surgidas, al fin, como resultado de ellas, hubo una división entre los componentes del antirreeleccio-

nismo, pues mientras unos seguían sosteniendo la antigua fórmula Madero-Vázquez Gómez, ya sancionada, otros aceptaron la invitación y se dispusieron á concurrir á la Convención electoral que había sido convocada.

Los disidentes, como se dió en llamar á los que permanecieron leales á la fórmula, desconocieron como Jefe del partido al Sr. Madero y acordaron que asumiera la Jefatura el Dr. D. Francisco Vázquez Gómez, con su carácter de segunda cabeza de la agrupación.

Para crear el Comité que se llamó Partido Constitucional Progresista, que fué el que produjo el cisma, el "leader" de la Revolución, Sr. Madero, expidió el día nueve de Julio un manifiesto dirigido al pueblo en el que manifestaba la conveniencia de reorganizar sobre nuevas bases y con la denominación citada al antirreeleccionismo, y al mismo tiempo que exponía su deseo de retirarse temporalmente de la política, nombraba una delegación compuesta por amigos personales suyos para que diera el debido cumplimiento á su propósito. Los delegados aceptaron y fué el primer paso de ellos invitar á los clubs antirreeleccionistas para que mandaran adhesiones. En el Centro Antirreeleccionista de México se consideró el asunto, y como se veía claro que el pensamiento del Sr. Madero era descartar de la fórmula electoral el nombre del Dr. Vázquez Gómez, se creyó que aquello era un atentado y las protestas se dejaron oír por doquiera.

No todos los elementos constitutivos del Centro Antirreeleccionista estuvieron discordes con el Jefe de la Revolución, porque veían la imposibilidad en que llegado el momento se hallaría para gobernar teniendo como probable sucesor suyo á un enemigo formidable y que no escatimaría medio alguno para echarlo del poder.



Esta consideración hizo que muchos fueran de acuerdo con el naciente Partido Constitucional Progresista, mientras otros, fieles á su antiguo ideal, rompían abiertamente con el Sr. Madero y lo declaraban fuera de su seno.

La división del antirreeleccionismo habría de llegar á su más alto grado cuando se reuniera la Convención que convocó el Partido Constitucional Progresista y en la fecha en que se hicieran las elecciones; pero eso será materia que tratemos detenidamente cuando sea su hora. Hoy, debemos de presentar otras fases de la lucha electoral y decir cuál papel representó en ellas el señor Presidente Interino y por qué serie de circunstancias, muy á su pesar, se vió envuelto en una campaña dolorosa, por mil motivos, para él y para las clases sociales que sentían hacia su persona una devoción verdadera.

Todavía en aquellos momentos no se contaba con ningún otro partido que contrabalancara el que sostenía y apoyaba al Sr. Madero, pues aparte del cisma ó división que en él mismo ocurriera y que trajo como inmediata consecuencia una campaña de personalismos, no había una agrupación respetable y serena que estuviese desligada del maderismo triunfante. No era que la opinión pública estuviese acorde, sino que faltaba tiempo para constituir un partido; y la intentona que al efecto hiciera el Lic. D. Jorge Vera Estañol, ex-Secretario de Estado en las postrimerías del Gobierno del Presidente Díaz para crear el "Popular Evolucionista" no pasó de tal, porque las doctrinas que predicaba y las bases que le servían de apoyo eran de tal manera altas, que la mayoría del pueblo no las comprendió y se abstuvo de adherirse á ellas. Sólo unos cuantos intelectuales se agruparon en torno del Lic. Vera Estañol, y formaron un

grupo que, aunque selecto, carecía de fuerza por su misma exigüidad. Ese grupo ni siquiera intentó presentar candidaturas, convencido de que iría á una derrota franca.

Pero el elemento católico, que es el dominante en el país, se apresuró á trabajar por su cuenta, no con el animo de restar votos al candidato presidencial Sr. Madero, porque oponerse entonces al triunfo de éste era ir directamente al fracaso ya que la inmensa mayoría de los mexicanos se habían vuelto fanáticos por el caudillo; pero sí elevar á la Vicepresidencia á un ciudadano que le mereciera confianza para asegurar en esta forma el predominio que alcanzara en los días del Gobierno anterior merced á la célebre "Política de Conciliación." No era en verdad el elemento católico el mismo que en épocas pasadas trajera luto y desolación para nuestra Patria; ahora las orientaciones políticas suyas habían cambiado tanto después de muchos lustros de abstención notoria de tomar participio en la cosa pública, que nadie hubiera podido identificarlo con aquél.

Un comité se encargó de reunir á los católicos en un partido, que, definiendo perfectamente su personalidad, se llamó "Partido Católico Nacional." Sus trabajos, hechos con mucho sigilo, no tuvieron la propaganda de la prensa ni fueron coreados por multitudes que hacían manifestaciones; pasaron en el silencio de las sacristías, en la quietud de las casas solariegas á donde nunca falta la visita de un cura y, cuando más, sacerdotes de fogaosidad manifiesta convirtieron al púlpito en tribuna política. La propaganda, empero, fué activa; cada religioso, cada católico ferviente, se convirtió en predicador, y pronto, antes de que nadie advirtiera la aparición



de aquel partido formidable, ya estaba cimentado y tenía muy hondas raíces en el pueblo.

Y cuando esto aconteció, se hizo una consulta entre los adeptos para ver quien debía de ser el candidato á la Vicepresidencia del Partido. En la Convención reunida al efecto, resultó designado el Presidente interino de la Nación, Lic. de la Barra, quien además de ser un hombre prudente y un político y diplomático honrado, tenía en su corazón toda la pureza que el Partido Católico podría exigir de su candidato. Pero cuando una delegación estuvo á participarle al Lic. de la Barra su designación, él declinó con toda claridad la honra que se le dispensaba, porque tenía el convencimiento de que los ideales revolucionarios de Sufragio Efectivo y No Reelección debían de cumplirse desde luego, y no podía tolerar que en su favor se quebrantara uno de ellos, admitiendo trabajos que pugnaban con su estancia en la Primera Magistratura.

El Partido Católico no tomó en cuenta la renuncia del Lic. de la Barra ni las razones que le servían de apoyo, y siguió sus trabajos hasta llegar á las elecciones. Pero de éstas hemos de ocuparnos cuando sea su tiempo; ahora nos toca volver á otros asuntos graves que hemos dejado para dar cuenta incidental de la complicación que trajeron consigo las elecciones de Primeros Mandatarios de la República.

### CAPITULO VIII

La "república de California".—Desórdenes en el país

Indeciso como era el porvenir, la aflictiva situación por que atravesaba México tuvo un gravísimo amago más, seguido de otra serie de complicaciones alarmantes.

Algunos años antes de que la revolución de 1910 privara de la Presidencia al General Díaz, habían huído al extranjero algunos mexicanos á quienes se persiguió aquí por sus prédicas subversivas. Entre los expatriados se contaban los hermanos Flores Magón, que después de muchas vicisitudes fijaron su residencia en la ciudad de Los Angeles, Cal., y allí se hicieron de elementos para publicar un periódico francamente revolucionario y enemigo declarado del Gobierno de México. "Regeneración," que así se llamaba el periódico, traía en cada uno de sus números artículos virulentos contra el Presidente de nuestra República y su sistema de Gobierno; cada uno de sus actos se examinaba desde un punto de vista completamente desfavorable, y para ello muchas veces se recurría al falseamiento de la verdad y á la adulteración de los hechos. Ocasiones hubo en que se inventaran sucesos, para presentarnos como un pueblo embrutecido y esclavizado, en donde sólo la voluntad de un hombre,—el general Díaz,—era la que dominaba.

Nuestros vecinos del Norte, mal informados como están casi siempre de lo que acontece en México, y de nuestros usos, costumbres y civilización, aceptaban sin reparos cuanta mentira ó exageración traía el periódico revolucionario de Los Angeles, y pronto en todas partes se tuvo la creencia de que el Gobierno de Díaz era de lo más malo que existía en el mundo y se pensó que ayudar á derrocarlo era obra humanitaria que reclamaba la civilización de América. Varias veces que á solicitud de las autoridades de México fueron encarcelados por el Gobierno Americano los redactores de "Regeneración," como responsables del delito de conspirar contra un Poder amigo, hasta sus celdas de reclusos llegaban centenares de protestas calzadas con las firmas de millares de



norteamericanos y de mexicanos que vivían en los Estados Unidos, y fondos en crecidas cantidades para sostenerlos y pagar sus defensas. Se les creía unos mártires y se pensaba que eran unos apóstoles.

Fácil es comprender que los Flores Magón no desperdiciarían la oportunidad que se les presentaba al encontrarse México en plena revolución, para hacer algo por cuenta de ellos, y menos si se atiende que no eran predicadores contemplativos, sino hombres resueltos que lo mismo aconsejaban la lucha y el exterminio, que estaban prestos á entrar en una y á consumir el otro. Pero ambiciosos por naturaleza é indisciplinados por costumbre, no podían aceptar la jefatura de nadie, y por eso, cuando comenzó la lucha, no fueron á ofrecerse al Sr. Madero ni entraron á territorio nacional con el objeto de combatir en favor de los ideales del pueblo; no, ellos fraguaron un plan fundado en el socialismo y las promesas de dar libertad y tierras para todos, y al amparo suyo pudieron conseguir fondos y hombres que fueran á una lucha espantosa cuyo desarrollo estuvo circunscrito al Estado de Sonora y al territorio de Baja California, por más que también ocurriera una intentona en Tabasco.

Según la doctrina de los Flores Magón, era inmoral la existencia de clases sociales y una injusticia que mientras el pauperismo abarcaba á una parte enorme de la población total de México, la riqueza estuviera encomendada sólo á unos cuantos que abusaban de aquéllos y predominaban sobre los mismos, hasta quitarles libertades y convertirlos en esclavos. No; la riqueza y la fortuna no deberían de pertenecer en lo sucesivo á quienes se hubieran afanado mucho por adquirirlas; ahora, el socialismo iba á consumir un despojo general y á esta-

blecer una especie de "falansterio," en donde todos los individuos de la comunidad hicieran lo que les acomodara y tuvieran casa, vestidos y alimentos sin otro trabajo que tomarlos. Había ya pasado el tiempo en que los "amos" y los "señores" privaran sobre los desvalidos; ahora todos estarían ahitos, viviendo bajo un régimen igualitario y justo, en el que todos pusieran todo y todos dispusieran de todo. La República que soñó Licurgo iba á establecerse.

El plan era muy sencillo: se trataba de apoderarse de Baja California, Sonora, Chihuahua y Sinaloa; constituir una "república" independiente que debería regirse por el socialismo, recibir en su seno, como madre bondadosa, á todas las criaturas desheredadas que á ella fueran, aceptando sus leyes; declarar por un plebiscito que en el territorio de esta "república" no había dueños absolutos y que entre el idioma de los "ciudadanos" de ella quedaba prohibido el uso de los vocablos "tuyo" y "mío," porque allí todo era de todos y cuanto existiera deberían repartírsele como hermanos. Acabar con las clases sociales y crear un pueblo donde nadie superara ni sobresaliera; los frutos de los campos y los de la industria, serían repartidos equitativamente entre los pobladores.

Ese era el ideal; ese el sueño, y los medios que iban á emplearse para conquistarlo, la dinamita y el rifle "30-30" manejados por aventureros y hombres sin conciencia; por seres arrojados de todas partes como perniciosos y reconocidos por su audacia; por mexicanos á quienes su falta de cultura hiciera creer en la posibilidad de un plan semejante y por anti-patriotas, por individuos que carentes de toda alteza de miras querían procurarnos un desmembramiento en el territorio de nuestra nación.



El Gobierno del Presidente Díaz no pudo combatir á los "socialistas" que alucinados por los Flores Magón, penetraron á la Baja California y cometiendo toda clase de depredaciones se apoderaron de pueblos sin importancia para establecer en ellos no lo que habían prometido, sino el reinado del terror y del despojo. Igual cosa aconteció en algunos puntos de Sonora y Chihuahua, y después, cuando la revolución popular se extendió, en Tabasco, á poca distancia de San Juan Bautista.

Pocos fueron en verdad los crédulos que formaron en las filas magonistas y la mayoría estuvo integrada por extranjeros que en su rápida incursión por nuestro territorio dieron pruebas de una moralidad muy discutible. Entre ellos mismos no había modo de entenderse; y por eso, los que ahora aparecían como jefes, mañana eran desconocidos y abandonados cuando no muertos por sus mismos compañeros, para elevar á la jerarquía de director de operaciones á un nuevo caudillo que tampoco debería de tardar en ser víctima de la indisciplina y ambición de sus camaradas. Hombres de esta naturaleza tenían la misión de establecer el gran Falansterio que iba á denominarse "república socialista de Baja California;" y lo único que lograron fué empobrecer la región donde alcanzaron á operar; convertir en ruinas muchos pueblos y hacer víctimas de sus iras á hombres quietos y dados á su trabajo.

Pero como no se destinaba ni se podía destinar un sólo soldado para perseguir á estos peligrosos ilusos, ellos eran amos y dueños de la tierra que pisaban y allí procedían á su arbitrio. La población honrada escapó, en un éxodo interminable, de los lugares ocupados por aquella turba ebria de vino, de sangre y de rapiña; y cuando la revolución popular hubo acabado, pudieron

creerse inexpugnables en su campo de ruinas. Era, en efecto, muy ardua la tarea de arrojarlos del terreno que habían usurpado y ofrecía peligros muy serios permitir que continuaran en posesión de lo que no les pertenecía.

El gobierno interino del Sr. de la Barra, comprendió toda la gravedad de la situación, y una de sus primeras medidas fué la de ordenar la salida de un cuerpo de ejército para concluir con aquel escandaloso estado de cosas.

Los llamados "socialistas," que ya hemos dicho eran unos cuantos, se vieron en la imprescindible necesidad de salir de los pueblos que ocupaban en cuanto una brigada, compuesta por cosa de mil quinientos hombres de las tres armas, llegaron al Territorio. Carecían de elementos para sostenerse, y su fuerza única era el aislamiento en que se hallaban y la falta de enemigos á quienes combatir. Pero el peligro de su incursión fué notorio; viendo que eran impotentes para oponerse á las armas de la República, osaron pedir protección al extranjero para que en "sus dominios" se estableciera un protectorado!

---

Como todas las revoluciones, la encabezada por el señor Madero trajo consigo un tremendo despertar de apasionamientos. Las ambiciones no tuvieron freno alguno, y, libres, sin más barreras que su propio albedrío, se desbordaron por doquiera, alcanzando en algunos casos proporciones colosales. Los agitadores de oficio, que en el fondo de cualquier cuestión no buscan más que su propio bienestar, tuvieron un campo anchísimo para darse á su obra. Las clases trabajadoras, mal preparadas aún en nuestro país para comprender, en lo general, los



bienes y males que consigo trae todo movimiento obrero, fueron fácilmente explotadas en sus sentimientos y en sus impulsos por esos agitadores.

Les hablaron de que trabajaban mucho y ganaban poco, y á sus oídos soplaron maliciosamente las palabras consoladoras de haber llegado el momento de su redención. Se les dijo que bien podían, ya que un Gobierno autócrata se acababa de hundir para dejar el puesto á otro que ofrecía mitigar las dolencias crónicas del pueblo, exigir ellos, en el nombre de sus reivindicaciones, aumentos equitativos de salarios y disminuciones de quehaceres. En lo más vivo de su ser eran tocados nuestros obreros por esas frases; y teniendo confianza en la justicia de sus anhelos, presentaron demandas á los patronos, y cuando vieron que el desaire les respondía, acudieron á lo único de que disponen las colectividades trabajadoras para hacer respetar sus derechos: la huelga.

Las huelgas estuvieron á la orden del día, y con las huelgas hubo conatos de "sabotage." Millares de hombres, que antes habían tenido mucho ó poco, pero algo que satisfacía las necesidades de sus hogares, anduvieron semanas enteras formando procesiones largas y llenando las arterias de nuestras ciudades con los gritos estentóreos de los que piden pan más abundante á costa de menos sacrificios.

Los agitadores, que buscaban su fortaleza en la debilidad de otros, iban por entre las turbas famélicas aconsejándoles que siguieran irreductibles; el hambre de ahora y la casa de préstamos que recibía hasta la última prenda del hogar ya desaparecerían cuando los patronos cedieran. Y ellos azuzaban á las multitudes para que se echaran al saqueo de las casas en donde algunos

compañeros de oficio continuaban trabajando; ellos, cuando el desaliento cundía entre los huelguistas y entre sí hablaban de ceder, les daban esperanzas, esperanzas, —¡ ay!— que no habrían de realizarse nunca, porque nadie como los agitadores sabía cuán imposible era mejorar rápidamente la condición de nuestras clases trabajadoras. Pero ¡qué importaba eso á los "meneurs," si ellos lo único que querían era llamar sobre sí la atención pública; si de lo que trataban era de que las negociaciones perjudicadas ó el Gobierno atemorizado les llamasen para ofrecerles dinero ó empleos á cambio de su neutralidad! En el fondo de esta agitación obrera, no había más que un colosal "chantage."

En la capital de la República el movimiento de las clases trabajadoras fué iniciado por los empleados de la Compañía de los Tranvías Eléctricos. Motoristas, conductores é inspectores, mal aconsejados por los "meneurs," elevaron un memorial á la empresa solicitando un aumento de sueldo consistente en varios centavos más por cada hora de trabajo. Se les contestó negativamente, y entonces, abandonaron sus labores. Largas filas de tranvías quedaron en las calles de México; el pueblo simpatizó con los huelguistas en aquellos días de efervescencia unánime, y se dió á lapidar los coches ocasionando perjuicios indebidos á la Compañía. Durante tres días estuvo interrumpido el tráfico, y cuando algunos de los empleados comprendieron la imposibilidad en que estaban para sostener la huelga y fueron en demanda de trabajo, sus compañeros los atacaron y la policía intervino. El choque fué tremendo y sus resultados desastrosos: diez y ocho ó veinte hombres honrados fueron heridos y algunos muertos.

El fracaso de los empleados de los tranvías no des-



consoló á otros gremios de trabajadores y menos cuando los "meneurs" fueron á formularles promesas. Unos días después, se declaraban en huelga los panaderos y atacaban á un establecimiento que seguía trabajando; después siguieron las costureras, las operarias de las fábricas de cerillos y otras muchas clases de trabajadores. Por las calles de México desfilaban todos los días manifestaciones que á gritos pedían más salario y menos labor; más pan y menos sacrificios para conquistarlo. Los huelguistas, en algunos casos, solicitaban la cooperación del Gobierno para conseguir lo que deseaban, porque entendían que con el triunfo de la Revolución iba á establecerse una igualdad económica entre todas las clases del país; en esas ocasiones, el Poder Público procuraba conciliar los intereses de obreros y patrones y muchas veces pudo su intervención hacer morir en su cuna á movimientos serios.

Como resultado de la misma Revolución, numerosas fábricas y talleres acortaron temporalmente sus trabajos, y millares de familias se quedaron en la miseria; las huelgas vinieron á coronar ese resultado, haciendo que el hambre fuese casi universal. Se temieron conflictos graves con el pueblo famélico; se vió la imposibilidad que había para atender á la pacificación mientras hubiera muchos hogares faltos aún de lo preciso para satisfacer sus necesidades, y el Gobierno, inspirándose en un alto sentimiento de patriotismo y en un noble concepto del humanitarismo, acordó ocupar á todos los hombres que estuvieran sin trabajo, á cuantos carecieran de algún medio de vida. Iban á gastarse algunos centenares de miles de pesos, tal vez millones, pero eso no importaba si al fin podía conjurarse el conflicto que se pre-

sentaba, si al cabo, combatía la miseria, se quitaban elementos de desorden y de anarquía.

El señor Presidente interino, sin embargo de la penuria que amagaba al Tesoro por los compromisos que diariamente afrontaba, dispuso á la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas que emprendiera algunos trabajos que fueran en beneficio de la ciudad y que en ellos diera ocupación á todo aquel que lo solicitara. La orden se cumplió y muchos miles de infelices que tal vez sin aquella ayuda oficial se hubieran visto obligados á lanzarse tras el saqueo y la matanza, encontraron el sustento de sus familias. Así, noble y patrióticamente, entendía su misión el Gobierno interino que presidía el Sr. Lic. D. Francisco León de la Barra.

## CAPITULO IX

### Ocurren desórdenes en muchas partes de la República

No eran solamente Emiliano Zapata en Morelos, Juan Banderas en Sinaloa y las numerosas partidas de bandoleros que recorrían la República los únicos elementos de desorden que había; no sólo el movimiento obrero que tomaba proporciones gigantescas, el único que traía dificultades; no el hambre y la miseria los factores aislados que producían la corriente anárquica en cuyos giros se debatía la Nación; aparte de todo eso, que ya era mucho, y de las ambiciones de los políticos prominentes que pugnaban por subir á un puesto público de primer orden, contábamos con otros elementos que sembraban tempestades; había las pequeñas intrigas; los disgustos de hombre á hombre; las rivalidades de pueblo á pueblo y las de Estado á Estado. No parecía sino que la Repú-